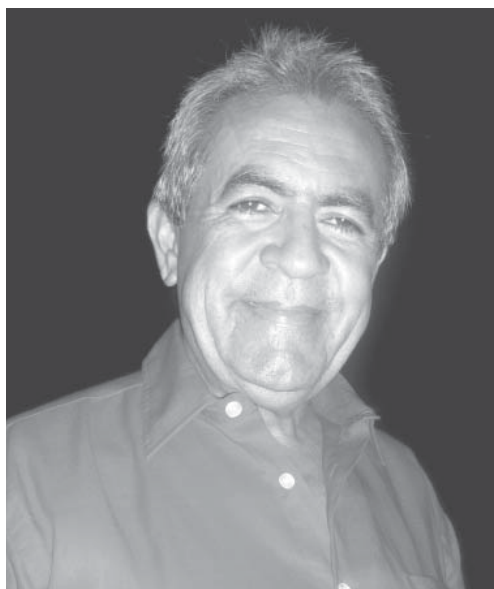


EL PRIMER CINCUENTENARIO

REYNEL SALAS VARGAS

Miembro Numerario – Academia Huilense de Historia

La Academia Huilense de Historia posee en su biblioteca-archivo la colección de la primera época de la revista *Semana*, que va desde el segundo semestre de 1946 al segundo semestre de 1961, gracias a la generosidad de Delimiro Moreno Calderón, miembro Emérito de esta corporación. En sus páginas encuentra el investigador algunas notas del corresponsal de la revista en el Huila, las cuales le ayudan a llenar el vacío que dejó la ausencia de prensa escrita en la región, particularmente durante los primeros cinco



años de la década del cincuenta del siglo pasado¹. Por desfortuna, las corresponsalías que desde el Huila llegaban a la redacción de *Semana* no fueron siempre continuas, por lo que se debe reconstruir la realidad contando con los pocos elementos disponibles.

1 De acuerdo con Camilo Francisco Salas Ortiz, entre 1936 y 1965 sólo aparecieron las siguientes publicaciones periódicas: *Lucha Liberal* (1937), *Ecos del Sur* (1937), *Neiva*, semanario, (1938-1940), *Notas al Día* (1940), *Aire Libre*, revista, (1948, ¿?), *Huila*, semanario (1959. ¿?), *Avanzada*, revista, (1947), *Juventud*, revista, (1957, ??), *El Tábano* (1940-1943), *Ariel* (1959), *El Debate* (1925....1962), *Restauración* (1948), *Tribuna Juvenil* (1957). *Trayectoria del Periodismo Huilense*. Academia Huilense de Historia. Historia General del Huila. Tomo IV. P. 115. Neiva. 1996

Al revisar las páginas de la revista creada y dirigida por Alberto Lleras Camargo, a mediados de 1946, a partir del número uno, se aprecia el proceso de transformación, o mejor, de modernización que experimentó el país durante esos años. Es sugestivo, por ejemplo, reconocer el cambio en la propaganda que aparece en la revista, no sólo respecto a los objetos o bienes que se promocionan sino en la forma como se presentan. Mencionemos, por ejemplo, la publicidad que pagaban las numerosas líneas aéreas de la época para publicitar, primero, sus rutas y su cumplimiento, y, luego, su rapidez, sus nuevos equipos y sus alcances. Así mismo, los vehículos, los radios, las radiolas, las neveras, las planchas eléctricas, las máquinas de coser, los equipos de oficina, las pinturas y las emisoras, es decir, todos los bienes y objetos que en ese momento hablaban de los más recientes avances a disposición de una sociedad que, como la colombiana, comenzaba a abrirse al mundo. Y qué decir de los anuncios sobre la construcción de grandes edificios, superiores a los 10 pisos; de los bancos, de las empresas que ofrecían seguros, de los transportes marítimos, fluviales y ferroviarios. Para una persona que esté por encima de los sesenta años, detenerse en las páginas que contienen publicidad en *Semana* significa experimentar la emoción de la modernidad que le correspondió vivir. Para quienes



Panorámica de Neiva. - Foto tomada de la Revista *Semana* No. 492 del 16 de Abril de 1956

asisten hoy a la revolución de las comunicaciones a través de la internet, y vivieron durante los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado, lo registrado en esas décadas se constituye en el periodo de las más profundas transformaciones: de no tener agua en la casa, se pasó a tenerla, fría o congelada; de estar atentos a las noticias que traía el abuelo que viajaba a la capital, a escuchar los reportes diarios transmitidos por las emisoras en onda corta, al igual que sus programas de humor y su inagotable programación musical.

Como lo dijo John Lynch en una conferencia en el Departamento de Historia en la Universidad Nacional de Bogotá en 1986: “Yo tengo la suerte de pertenecer a esa generación de ciudadanos que conoció y experimentó todos los medios de transporte: desde el lento y ruidoso coche halado por caballos y manejado por la mano maestra de mi padre, hasta el jet que me trajo en ocho horas de Londres a Bogotá, pasando por el tren a vapor, por el tren eléctrico y el coche a gasolina que se desplaza veloz por las carreteras asfaltadas”.

En lo particular, andar por las páginas de *Semana* se nos convirtió en un diálogo con ese pasado nuestro que comenzó en 1951; y si reconocemos que la publicidad nos permitió revivir la emoción de lo moderno, no podemos negar que la información política, que nunca estuvo a nuestro alcance en tanta cantidad, por razón de nuestra edad, nos sorprendió aún más. Los conceptos que aprendimos en esos primeros años estaban mediados por los criterios de nuestros padres y familiares. Así, pues, leer las notas que hablan de la discordia que crecía a diario entre liberales y conservadores, la reseña sobre el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, la reacción del país ante este magnicidio, las noticias sobre los muertos de cada semana en la mayor parte de la nación, pero de manera particular en el Tolima, Boyacá, los Santanderes y los Llanos; el golpe militar que sacó de la presidencia a Laureano Gómez para colocar en el solio de Bolívar al Teniente General Gustavo Rojas Pinilla, la muerte de Uriel Gutiérrez y de otros estudiantes universitarios en 1954, la aprobación del voto femenino, el pacto de Benidorm y el ascenso de la Junta Militar para suplir la salida de Rojas Pinilla, entre otros asuntos, es como leer la crónica de una muerte anunciada. Los hechos se van sucediendo en las páginas de la revista con el ritmo propio de las

semanas, como si nada pasaría en la siguiente. Las notas no permiten anticipar futuros desenlaces. Los hechos se cuentan como tales, como hechos que sucedieron, libres de la interpretación y, sobre todo, del sensacionalismo mediático común en la actualidad. Por ejemplo, desde las páginas del número 347 de la revista, publicado el 13 de junio de 1953, nadie podía anticipar el golpe militar de Rojas Pinilla. Este se dio el día en que salió el citado número y debió ser registrado en el número siguiente, como un hecho corriente, al igual que la noticia del derrocamiento del dictador. Era como si nada iba a suceder, a no ser por un artículo publicado en el número 343, del 16 de mayo de ese mismo año, el cual, en virtud de los acontecimientos, fue calificado por el editor, posteriormente, como premonitorio. Sin embargo, esa realidad política nacional, pintada de la manera como se ha comentado, no impedía al lector del momento, como no impide al de hoy, preguntarse hasta cuándo iba a soportar el país tanta beligerancia entre los partidos y entre sus fracciones, hasta cuándo tanta censura en la información, hasta cuándo tanta normalidad entre lo anormal, hasta cuándo tanto poder de los caudillos, hasta cuándo la mirada de los líderes no sería capaz de percibir la realidad ni el futuro que se venía inexorablemente.

Pues, bien, con la ayuda de *Semana*, en las condiciones y circunstancias descritas, hemos querido apreciar el Huila de mediados del siglo XX, y particularmente, el Departamento que celebró sus primeros cincuenta años de vida político administrativa independiente.

Desde la Academia Huilense de Historia hemos sostenido que los años cincuenta del siglo XX se constituyeron en el periodo en el cual las gentes del Huila volvieron la mirada sobre sí mismos, para reconocerse como un pueblo dueño de un territorio, de una cultura y de unas características que lo hacían singular en el contexto colombiano. Dicha cultura y dichas características se expresan a través de su música, -en la que sobresalen los sanjuaneros, bambucos y guabinas-; de los versos y la narrativa, principalmente de José Eustasio Rivera; de sus fiestas tradicionales, particularmente el San Juan y San Pedro; y de sus riquezas turísticas, como el Parque Arqueológico de San Agustín, la Cueva de los Guácharos y el río Magdalena que divide en dos su territorio y da vida, con sus afluentes, a la labor callada del campesino. Pero, a diferencia del huilense

naciente, el de principios de siglo, el de la mitad de la centuria quiere pensar su Departamento como una realidad física y social cambiante, como un mundo de posibilidades en la agricultura, siempre y cuando se adecuen las grandes extensiones que esperan del fresco regadío y se construyan las carreteras que le permitan aprovechar los bosques y abrir espacios para sembrar nuevos y prometedores cultivos en las tierras altas y de ladera; como una región que necesita interactuar con resto del país y vivir con los otros departamentos la experiencia de la modernidad, traducida en vías, obras públicas e industria.

La información obtenida en las páginas de *Semana* nos ha permitido saber que, buena parte de ese sueño regional que veía al Huila como un ser cultural definido y al huilense como un esperanzado constructor de futuro, se le debe a la dinámica del Círculo de Periodistas del Huila creado el 14 de septiembre de 1955². Este gremio fue el responsable de agitar las ideas de progreso después de la celebración del primer cincuentenario del Departamento. La misma Academia de Historia, con el padre Jenaro Díaz Jordán a la cabeza; la idea de la universidad para esta región y varias de las obras de progreso que promoviera años después con tanto éxito político y social el doctor Guillermo Plazas Alcid, por ejemplo, a través de la Operación Huila, hunden sus raíces en los ideales propuestos en sus primeros días por la agremiación de periodistas³. Ellos renovaron las ideas o pusieron en boga aquellas iniciativas que se planteaban de manera privada a lo largo del territorio departamental, a pesar de las vicisitudes de



S.M. LÍA BORRERO BORRERO
Reina del Cincuentenario
Foto: Revista Semana 1956.

2 Revista *Semana*, número 492, del 16 de abril de 1956. Página 14. Por su parte, Camilo Francisco Salas Ortiz, en el artículo referenciado antes, transcribe un editorial del periódico *Agrohuila*, titulado “25 años del Círculo de Periodistas del Huila”, en cual se afirma que la agremiación nació formalmente el 2 de febrero de 1964, a instancias de Ernesto Serrano Montenegro. Academia Huilense de Historia. *Historia General del Huila*. Tomo V. P. 153. Neiva, 1996.

3 Ver *Revista Semana*, *Idem*..

la violencia, del temor para informar y de la crisis de los partidos políticos. Quizá por esto mismo los periodistas debieron asumir el liderazgo respecto a las iniciativas de progreso.

Jorge Andrade Rivera fue el primer presidente del Círculo de Periodistas del Huila y corresponsal de la revista *Semana* durante buena parte de la década del cincuenta del año pasado. En virtud de tal, cumplió la importante tarea, mediante la divulgación, entre propios y extraños, de un concepto del hombre huilense; la promoción de lo que consideraba sus riquezas y sus anhelos de progreso, y el dar a conocer sus realizaciones más significativas. A través de su ejercicio como corresponsal, por ejemplo, le contó al país el propósito de un grupo de ciudadanos interesados en crear el Club Campestre La Espantosa, en 1952; así mismo, el de otros ciudadanos de abrir el Club del Comercio en 1957; informó sobre las que para la época eran famosas jornadas de cacería en el Caquetá, llevadas a cabo por el Club de Caza y Pesca de Neiva; además, escribió sobre artistas y literatos, sobre investigaciones arqueológicas, sobre reinas, sobre turismo, sobre cultura aborigen, en fin, sobre el huilense y su tradicional calma para encarar el futuro.

El futuro del Departamento fue uno de los temas prioritarios para el Círculo de Periodistas del Huila de la época, y en particular para Andrade Rivera. Tanto la realización de las festividades del cincuentenario del Huila como las consecuencias que esta efemérides dejó en el imaginario de las gentes fueron motivo de preocupación entre los agremiados, y de divulgación en sus corresponsalías. Entendió que un acontecimiento de esta naturaleza debía ser motivo para señalar altos horizontes y circunstancia favorable para obtener un apoyo especial del gobierno nacional.

La primera nota que se publica en *Semana* sobre la celebración del cincuentenario del Departamento apareció el 2 de mayo de 1955, mes y medio antes de la fiesta. A respecto, Andrade Rivera dice en la página 15 de la revista, lo siguiente:

“Al fin y al cabo, para celebrar el cincuentenario de la fundación del departamento del Huila (junio 15) muchos neivanos han comenzado a creer que solamente se efectuarán muy pocos

actos: la feria ganadera y exposición pecuaria y la inauguración de algunas obras. Una de estas: la Fuente de las Tortugas, en la plaza Santander de Neiva. En el centro será colocada “La Compañerita”, talla en piedra reintegrada, que ejecutó el artista de ascendencia indígena, Alfredo Castañeda Flor. El motivo: una mujer nativa, desnuda, que se inclina sobre las aguas. Alrededor de la fuente, la decoración en figuras antropomorfas, está hecha con representaciones de batracios”.

Desde la perspectiva actual, sorprende que la celebración de los primeros cincuenta años de vida del Huila se hubiese reducido a tan pocos eventos; sin embargo, sabemos que en varios municipios, como Campoalegre, por ejemplo, se construyeron, luego, escuelas que fueron bautizadas, precisamente, con el nombre de Escuela Cincuentenario. De todas maneras, aunque hoy parezca extraño, no hay tal sorpresa. Antes que nada, el cincuentenario fue una jornada para reafirmar los principios que daban identidad al pueblo huilense y para pensar en que era necesario sacudir el letargo característico de la raza, como lo interpretó en su momento García Borrero y como lo concebía por esos días Jorge Andrade Rivera. Los fenómenos vividos en los años siguientes respondían a un proceso que había comenzado con la creación del Conservatorio del Huila, de la Biblioteca Departamental, de la Biblioteca de Autores Huilenses y de la adopción del escudo y la bandera del Departamento.

El 13 de junio de 1955, dos días antes de la celebración del cincuentenario, Andrade Rivera publicó en las páginas 15 y 16, del número 449, de *Semana*, una rica interpretación del ser cultural del huilense. Su texto, que se suma a los de José María Samper en el siglo XIX sobre el hombre calentano, al de Gaitán Useche, que aprovechó el Centenario de la Independencia para llamar al Huila a la acción; al del maestro Luis López de Mesa, preocupado por el tradicional conformismo del pueblo alto magdalenense; y al de Joaquín García Borrero en ese mismo sentido y plasmado en *El Huila y sus Aspectos*, testimonia la evolución que ha experimentado el pensamiento sobre el hombre del Alto Magdalena, convocado desde mediados del siglo XIX por Rojas Garrido para que se apropiase del mensaje de grandeza que le proponía, desde la cumbre sonrosada, el espíritu que anima al Nevado del Huila.

El primer tema que aborda Andrade Rivera para darle consistencia a su concepto de hombre huilense es el de la geografía. Para hacerlo, aprovecha un acontecimiento de especial actualidad: el paso de la Vuelta a Colombia en bicicleta, en su quinta versión, por las tierras del Huila. Este recurso periodístico no solo le permite motivar al lector para que se interese en la geografía del Departamento, sino que es ocasión para señalar el grado de influencia del río Magdalena en sus gentes, circunstancia que a la par hace del huilense un colombiano. Al respecto, dice:

Los ciclistas que aún pedalean por las carreteras de Colombia cumpliendo las etapas de la “V Vuelta”, penetraron el martes 7 al territorio del departamento del Huila, descendiendo desde el municipio de La Plata por las estribaciones de la cordillera Central, hasta el cálido valle del río Magdalena. El “río de Colombia” nace en tierra huilense y atraviesa el departamento a lo largo dividiéndolo en dos, como la vena de una hoja cuyas nervaduras serían sus afluentes. Es allí, todavía, un río niño, pero como lo hace más adelante con otras regiones en su viaje hacia el mar, imprime al paisaje y a las gentes huilenses el sello de su personalidad.

Continuando con la referencia a los ciclistas que participaron en la referida competencia nacional, concluye su visión de la geografía huilense, vista como parte integral de la rica y variada geografía nacional, en los siguientes términos:

Si los pedalistas no tuvieran que preocuparse tanto por evitar los guijarros del camino, habrían visto a lado y lado, en su carrera hacia Neiva, un panorama variado que es, mirándolo en conjunto, un resumen plástico de Colombia. Los Andes avanzan paralelos hacia el norte, divididos ya en dos grandes ramales (central y oriental) elevándose hasta alturas de 5.400 metros, en el Nevado del Huila y 2 mil en La Ceja. De las cálidas llanuras que el Magdalena y sus afluentes parcelan (Ovejeras, Timaná, Cachichí, Patá, Quinchana, Rioneiva...) propicias al cultivo del cacao, el maíz, el arroz, el algodón, el plátano, las tierras van elevándose, dando lugar a los cafetales, luego a la papa y más arriba a los frailejones del páramo. En la cumbre, las nieves perpetuas logran, en los amaneceres, fantásticos tintes anaranjados y rosas. Son las cuatro estaciones colocadas en escalones de roca.

De acuerdo con la construcción literaria de Andrade Rivera, la parcela huilense es un pedazo de Colombia, de cuya hermosura y riqueza participa, a la vez que le aporta. Aquí, el sentido de unidad con el resto del país es vital para un pensador que ha vivido la experiencia de la integración nacional a través de los rieles del ferrocarril y de la naciente aviación y que espera se consolide con la conclusión de la carretera Neiva-Aipe-Natagaima-Espinal- Girardot-Bogotá. En consecuencia, el autor considera que el ánimo del lector está dispuesto para conocer las particularidades de esta comunidad, llamada Huila, particularidades en las cuales el pensador cifra su orgullo, pues su origen es milenario.

Tal fue el paisaje que hace varios siglos, tal vez cinco o diez antes de la Era Cristiana, sirvió de marco a la vida y a la muerte de una civilización que no dejó más huella que unos gigantescos ídolos de piedra que expresan un mensaje artístico, religioso, emocional, aún indescifrado. “Huila” significa en lengua de los indígenas “nieve sonrosada”, pero este alarde filológico revela apenas el sentido poético de los primitivos. La verdad completa sigue escondiéndose entre las estatuas del parque de San Agustín. No sería raro, como lo aseguran varias hipótesis, que la gran cultura incaica del Perú y de Bolivia y la “Maya” de Centroamérica se hubiesen originado allí. Por qué se extinguió la cultura agustiniana?. Qué obligó a los primitivos huilenses a emigrar, dejando a sus espaldas todas las formas petrificadas a su civilización?. El misterio en torno a las estatuas agustinianas sigue, como ellas, en pie.

Andrade Rivera es consciente de que, si bien es cierto, puede situar el origen del huilense en el mundo prehispánico, de cuya existencia quedan como pruebas las monumentales figuras pétreas que se aprecian en el actual Parque Arqueológico de San Agustín e Isnos y en los innumerables petroglifos y estatuas en piedra que se hallan en casi todos los rincones del Departamento, lo comprobado es que las gentes que habitaban el Huila a mediados del siglo XX tienen una historia más reciente, en la que se integra el aborígen, quien dio una lucha sin cuartel, y el peninsular, que se apoderó de todo.

Eliminado, hacia el siglo XVII, el problema indígena de la región huilense, que alcanzó contornos épicos por las hazañas de la Cacica Gaitana, todo quedó en las manos inhábiles de los colonos europeos.

A partir de esta circunstancia, es decir, del predominio del colonizador español, quien le imprimió escasos anhelos de progreso y renovación a la colectividad que creó, Andrade Rivera reclama un hecho inobjetable respecto al pueblo huilense: su ser se forjó en medio de un entorno geográfico específico, y debido a ello sus características culturales son particulares. Este hecho, y no las conveniencias políticas o económicas como se ha visto en la historia de Colombia, fue la causa para que la Constituyente extraordinaria de 1905 le reconociera entidad política y le diera autonomía administrativa para gobernarse. Así las cosas, la existencia del Departamento del Huila no respondió a ninguna otra razón distinta al reconocimiento de una realidad social incontestable.

El estancamiento se prolongó hasta después de la independencia, en el siglo XIX y el epílogo de las guerras civiles prolongó su sueño colonial hasta 1905, cuando la Asamblea Nacional Constituyente creó el Departamento del Huila, dándole por capital a Neiva. Ni la superficie (29.700 kilómetros), ni los límites (Cundinamarca y Tolima por el norte, Cauca por el sur y el occidente, las intendencias del Meta y el Caquetá por el oriente), obedecieron a un capricho del legislador extraordinario de entonces. Desde tiempo atrás, entre las cumbres volcánicas de la cordillera central y el valle del Magdalena, se había ido formando un tipo humano característico, descendiente del conquistador ambicioso y del indio bravo pero al que tal vez la mezcla y el paisaje hacían pacífico, desprendido, un poco soñador y contemplativo, pero laborioso y con un dejo en el hablar inconfundible en toda la república: el “opita”, recurso de lenguaje que emplean los huilenses en la conversación a la manera del ala bogotano o del pues antioqueño.

Al llegar a este punto de la descripción del huilense, es evidente que Andrade Rivera ha culminado el desarrollo del segundo de

los elementos que conceden identidad a los pueblos: su historia. A continuación, encara, pues, uno más: el de las realizaciones colectivas, las que le dan sentido a los propósitos de la comunidad. Al respecto, dice:

El huilense había construido, además, con sus manos, la parcela de patria que le tocó en suerte y la creación del departamento no fue sino la protocolización de un hecho cumplido. Y ha seguido creando riqueza. Quizá con menos suerte que otras secciones del país, pero con idéntico apego al terruño. Los huilenses cultivan cacao, anís, caña, algodón, tabaco y la típica “paja de iraca”, con la cual las maños morenas y diestras de las sombrereras tejen los suazas de anchas alas, compañeros inseparables del vaquero “opita”. La ganadería es la más importante de las actividades huilenses. Pastan en los llanos del departamento 600.000 vacunos, desde el modesto “blanco-orejinegro” hasta el “Santa Gertrudis”, el “Pardo-suizo” y el “Cebú”. Más de la mitad del ganado que sale a las cotizadas ferias de Girardot (Cund.) proviene del Huila.

El cuarto componente de la identidad es el de la percepción de futuro y Jorge Andrade Rivera concreta en dos líneas los sueños de un pueblo que, en su momento, consideraba que el porvenir debía seguir ligado a las posibilidades agrarias que había explorado desde siempre, pues creía que había llegado el momento de remover las limitaciones que habían hecho imposible su progreso. Tenía la esperanza de que la celebración del cincuentenario o la tendencia política nacional que estaba comprometida con el desarrollo del país, a partir de la planeación regional, se constituyeran en la oportunidad para lograr lo que nunca antes había sido posible.

“Los “opitas” creen que la necesidad más urgente de su departamento es la de un plan general de irrigación.”⁴

4 El texto de Jorge Andrade Rivera a este respecto continúa de la siguiente manera: El ingeniero Alberto Rojas Trujillo ha presentado un proyecto (calcula el costo en \$ 37 millones y medio) que aprovecharía las aguas de los ríos Magdalena y Páez y que, según sus conclusiones, eliminaría los problemas agropecuarios en su aspecto más agudo. El plan para el Huila se haría paralelo a otras grandes realizaciones nacionales en proyecto: Plan Lillienthal para el Cauca, Plan de Desarrollo Económico para Santander, autopista Medellín-Bogotá, etc.

En contraste con lo dicho a lo largo de su discurso, la parte final de la corresponsalía de Andrade Rivera para la revista *Semana*, de mediados de junio de 1955⁵, no deja de sorprender.

Empero, no se puede ser radical en la interpretación de las dos frases con las que finaliza el párrafo y que transcribimos a continuación. Ellas pueden entenderse de diferente manera. O su contenido es un reconocimiento explícito del fatalismo que llenaba el espíritu del huilense de mediados del siglo XX, cuando a pesar de la prédica que había comenzado con ardor desde los años treinta, poco después de la culminación del Conflicto con el Perú, no lograba soluciones de fondo a sus problemas ni un reconocimiento explícito de sus posibilidades en el concierto nacional, a pesar de la presencia de figuras regionales tan influyentes en el gobierno central, como Luis Ignacio Andrade Díaz y Rafael Azuero Manchola. O, por el contrario, es, una aceptación realista de un fenómeno que se consideraba inmodificable en su momento. El escrito concluye, pues, de la siguiente manera:

“Gentes de los 31 municipios del departamento llenan en estos días carreteras, calles y caminos con la sonrisa en el rostro. No ignoran sus necesidades y penurias, pero saben esperar. Al fin y al cabo han esperado 50 años...”.

5 La parte final de la corresponsalía de Andrade Rivera dice: “Entre tanto los huilenses hacen una pausa. Durante una semana, del 7 al 16, celebran 50 años de vida departamental con festejos populares presididos por el gobernador-coronel Gilberto Montoya Gaviria (el primer gobernador “opita” fue Rafael Puyo, 1905-1909) y por la Reina del Cincuentenario, la bonita y gentil Lía Borrero Borrero. Son días de regocijo, con “guabinas” y “bambucos” en los caminos y en las posadas y estallidos de cohetes en el aire. Los 258.700 habitantes de opitilandia (de los cuales 50 mil viven en Neiva, la capital llamada por los mismos huilenses, con gran sentido del humor “Neiva-York”), participan con igual entusiasmo en su fiesta. No inauguran en la ocasión grandes obras (el presupuesto anual es de \$ 5.954.363), pero se hermanan en el cariño a su tierra y en la fe en sus posibilidades....”